



# SIEMPRE ESTARÉ A TU LADO

XII CONCURSO DE CUENTOS REPSOL, S. A.

PRIMER PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autora: **Silvia Muñoz Gómez**

AÑO 1999

Estaba deseando llegar a casa. Eran ya las 8,30 y comenzaba a anochecer. Seguro que mi madre estaba preocupada, pero, ¿y cuándo no? Desde lo de Gabriel ya nada era lo mismo. Yo, en aquella época todavía no había nacido, pero en estos casos siempre escuchas más de un comentario. Había pasado mucho tiempo pero mi madre todavía no lo había superado. Aún seguía tomando aquellas pastillas que la hacían ignorar su fragilidad, que conseguían hacerle olvidar aquella angustiada amargura que le corroía las entrañas. Pero esa felicidad era falsa, aquellos no eran sino vanos intentos de apagar su tristeza que luego resurgía con más fuerza, que abrasaba su alma, un alma carcomida por oscuros remordimientos que la asediaban noche y día. Pero ella ya no podía dejar aquel respiro provisional, aunque después sus pulmones se ahogasen.

Lo que más me dolía de todo aquello era tener que presenciar impotente aquel salto al vacío que la hacía caer en un profundo e infernal abismo. Era mi madre y yo la veía tomar aquellas pastillas y deseaba gritar que yo estaba allí, que era su otro hijo, gritar que no estaba sola, que yo la quería, que la necesitaba... y aquel grito se ahogaba en el silencio de un dolor respetado.

—¡Eh, chico! gritó alguien a mis espaldas. Y entonces me di cuenta de que estaba en medio de la carretera, y me di cuenta de que aquel coche se acercaba a demasiada velocidad y, estaba tan cerca... y entonces me di cuenta de que mis piernas no respondían a mis deseos de correr, y aquel grito, y aquel coche, y aquel deseo... Y entonces aquella mano que

me empujaba, que me hacía evadirme de aquel negro pensamiento. Aquellos cinco dedos incrustados en mi espalda, que me obligaban a echarme al suelo... y entonces me encontré sobre el duro asfalto, y el ensordecedor ruido de un coche que arañaba mis pies... Deseaba despertarme, saber que todo aquello no era más que un sueño, un mal sueño... y entonces recordé aquella mano, aquellos cinco dedos que me salvaban. Miré hacia atrás y no había nadie, ¿nadie?, imposible. Todavía notaba aquel firme contacto en mi torso. Entre toda aquella confusión, dirigí la mirada hacia el gentío que se agolpaba a mi alrededor. Una gran masa de rostros difusos se cernía sobre mi aturdimiento. Pero entre todos pude advertir una cara conocida, una cara que ya había visto en otra ocasión, pero, ¿cuándo? En aquel momento sólo estábamos él y yo. Aquel misterioso y a la vez familiar rostro, aquel muchacho de cara sonrojada que yo había visto en otra ocasión... De repente desapareció de entre la muchedumbre y me encontré de nuevo solo, inmerso en aquella ola de desconocidos... Alguien me ayudó a levantarme, no le conocía pero agradecí su ayuda. Me ofreció llevarme a casa, y en un abrir y cerrar de ojos me sorprendí en mi anhelada cama, sobre la que estaba sentada mi madre.

Durante unos minutos, frases como: ¿En qué estabas pensando?, ¿es que te querías matar?, ¿crees que soportaría el peso de otro hijo muerto?, llenaron de angustia aquellas cuatro paredes.

Un incongruente silencio marcó un alto en aquella sucesión de reprimendas, creí que lo mejor sería callar-

se. Pero en aquel momento me vino a la cabeza el instante del accidente y recordé que alguien me había salvado, alguien me había tirado al suelo consiguiendo hacerme sortear una muerte segura, pero ¿quién? Se lo pregunté a mi madre, a lo que contestó que el chico que me había traído, no había mencionado en ningún momento que nadie me hubiese salvado. Dijo que estaba cruzando la calle, y que casi soy arrollado por un coche. Sollozó que Dios seguramente pensase que ella ya había sufrido bastante con lo de Gabriel.

Y entonces me fijé en su rostro. Sí, mi madre era muy guapa... si no fuera por aquel pelo tan desaliñado, si no fuera por aquellos andrajos que creía ropas, si no fuera por aquel absurdo abandono que ella misma se había propiciado...

En esto llegó mi padre de trabajar. Nunca sabíamos a qué hora llegaría. Mi padre era camionero y siempre andaba de un lado para otro. Se podría decir que nunca estaba en casa, ni siquiera para comer. Mi padre era como un inquilino que acude de vez en cuando a dormir. No se podía contar con él como un verdadero padre. Desde que tengo uso de razón, todo lo «familiar» está asociado a mi madre. Todos aquellos papeles procedentes del instituto donde había de figurar la firma de mi padre o de mi madre, siempre eran rellenados por ella. Aquellas visitas a los profesores para hablar de mi actitud en clase, incluso a todas aquellas reuniones de mi equipo de fútbol a las cuales todos mis compañeros acudían acompañados con sus padres, yo había de asistir siempre con ella, con mi madre.

Al enterarse de lo sucedido ni siquiera se interesó por mi estado, simplemente lanzó uno de aquellos juramentos que tantas y tantas veces había escuchado de su boca. Venía borracho, como siempre, y comenzó a discutir con mi madre. Que si la sopa estaba demasiado caliente, que si la cocina no estaba lo suficientemente bien recogida, que si ella no tenía otra cosa que hacer mientras se ganaba el sueldo con el sudor de su frente... Tonterías. Era verdad que trabajaba mucho, y que aquel trabajo era muy sacrificado, pero esos no eran motivos suficientes como para amargar la vida de mi madre, y de paso, la mía propia. Porque aunque a mí no me afectase directamente, no podía acallar todos aquellos gritos, porque no podía hacer nada para impedir oír aquellas sucias palabras contra las lágrimas de mi madre, porque no podía frenar las mías propias que discurrían por mis mejillas... Lo mejor era intentar dormir y todo pasaría...

Y así fue. En los días que siguieron a este pequeño capítulo de mi vida que ya sólo se antojaba recuerdo, se sucedieron un montón de pequeñas alegrías y tristezas que constituían la monotonía de mi corta existencia.

Todo era normal hasta aquel día en que fui con mis amigos a la piscina que no hacía mucho habían instalado en el pueblo. Iba con José y con Pablo, que en aquel momento y en todos los ya vividos eran y habían sido mis mejores amigos. Siempre estaban allí. Cuando íbamos a jugar al fútbol al campo de aquel vecino de mal carácter que luego nos echaba de allí

porque estropeábamos el césped, cuando, en verano, recorríamos aquellos tres kilómetros que nos separaban de la charca donde nos refrescábamos imaginando un mar inmenso del color del cielo... incluso cuando me escapaba de casa huyendo de las escandalosas discusiones de mis padres, ellos acudían en mi ayuda viniendo a dormir conmigo a aquella pequeña cabaña que nosotros mismos habíamos construido. Eran tantos y tantos momentos los que había pasado con ellos... tantas sonrisas y tantas lágrimas... tantas horas y tantos recuerdos...

Cada uno de nosotros llevaba su toalla y un montón de energía y vitalidad que consumir. Y así, entre salpicones y aguadillas las horas parecían segundos una vez pasadas, se nos iba el tiempo... el reloj que tantas y tantas veces nos había observado desde lo alto del campanario nos anunció que era la hora de regresar. Pablo y José ya salían del agua, intenté imitarles pero al incorporarme en aquel suelo empapado... no sé cómo, resbalé y me sorprendió un gran golpe en la cabeza, y me caí al agua, ¡oh, no!, me había golpeado contra el bordillo. Todo sucedió tan de prisa que en un abrir y cerrar de ojos me encontré allí abajo... y mis piernas no se movían... y el aire de mis pulmones se agotaba... y aquella sensación de ahogo aumentaba escandalosamente... y aquella tranquilidad que me invadía me hacía sentir la mayor paz que jamás había sentido. Y aquel silencio me cogió de la mano, y me llevaba, me llevaba muy lejos, hacia aquel mar en calma que me llamaba... De repente algo serpenteó a

mi alrededor y sobre mis piernas se posaron dos cálidas manos que me obligaban a ascender, y no encontraban resistencia alguna por mi parte, porque yo ya no estaba en aquella piscina, sino en otro sitio muy diferente donde el color no existía, ni siquiera la razón. Y entonces aquel foganazo de aire en mis pulmones, que me hacía resurgir de aquella serenidad extrema. A continuación un terrible dolor de cabeza y alguien oprimiéndome el pecho... y volvió el color a mis ojos, y de nuevo aquella cara entre el gentío, aquella cara conocida, aquel rostro que penetraba en mis entrañas con aquella dulce mirada... a su alrededor muchas voces que me decían algo, que intentaban en vano hacerse escuchar, pero mis oídos sólo tenían interés por aquel silencioso lamento que me ofrecía aquel chico, aquellas ininteligibles palabras que brotaban de sus ojos... parecía un ángel. Y entonces desapareció, tal y como había sucedido en otra ocasión de la que nunca me olvidaría.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y una intensa sensación de inquietud y desasosiego me envenenó al quedarse grabada en mi mente la palabra ángel. Sabía perfectamente que aquellas dos manos que me acababan de salvar la vida, pertenecían a la misma persona que me había empujado ante aquel coche. Una extraña idea comenzaba a bullir en mi interior. Sabía que había visto aquella cara en otras ocasión, pero, ¿dónde?

Con un repugnante sabor a cloro impregnado en mis pulmones, me levanté con ayuda de José, mientras Pablo dispersaba a la gente anunciando que todo estaba en orden. Entre los dos me sacaron fuera y me hicie-

ron sentar en uno de los anchos escalones de la entrada para ver si me despejaba un poco.

Y fue entonces cuando recordé dónde había visto yo a aquel chico... Mis piernas comenzaban a temblar al reconocerle, no era posible, no podía ser él...

Recordé aquel día en que me adentré en la oscura habitación de mis padres en la que tenía prohibido el paso. El porqué me causaba una intensa sensación de curiosidad. Abrí el armario, y allí estaba la destartalada caja de zapatos que mi madre guardaba como un tesoro inaccesible, prohibido a toda persona que no fuese ella misma. Un montón de viejos objetos poco respetados por el tiempo se asentaban sobre unas fotos antiguas. Eran de mi madre, mi padre, y alguien más. Un muchacho al que yo nunca había visto. Al girar una de ellas, tres nombres: Elvira, Antonio y Gabriel. Entonces aquel era... ¡mi hermano! Pronto asentaría aquella imagen en un resquicio de aquel espacio reservado a los recuerdos, para ahora recogerla y hacerla encajar en el puzzle que constituía la identidad de mi salvador, de mi héroe. Pero, si mi hermano estaba muerto... ¿cómo es que me había salvado dos veces la vida?, ¿acaso era mi ángel de la guarda?

Dos lágrimas brotan de mis tristes ojos al comprender que aquel hermano al que tanto había anhelado, velaba por mí.

Un ramalazo de viento sacude mi nostalgia y mi soledad, al inundar mis oídos con su triste lamento, en el que me parece reconocer una dulce e inquietante voz que susurra: «siempre estaré a tu lado».